

EVOCACIÓN DE GUILLERMO DE TORRE

Miguel de Torre Borges

Il faut être absolument moderne.
Arthur Rimbaud (*Une saison en enfer*).

*... j'ai toujours aimé dès le début
toutes les manifestations intéressantes,
si nouvelles qu'elles fussent.*
Proust (*Le Côté de Guermantes*).

*J'ai commencé ma vie comme je la finirai sans doute:
au milieu des livres.*
Jean-Paul Sartre (*Les mots*).

*Yo soy un actualista, un vitalista. Adoro la vida vibrante.
Siento con todas las fibras de mi sensibilidad la emoción del
momento que pasa. (Pero me deja frío, en la mayoría
de los casos, una página clásica o un cuadro de museo).*
Guillermo de Torre ("Memoranda estética").

Los Torre y los Ballesteros

La lucha de contrarios bullía en mi padre. De sus dos abuelos, el paterno viajó, promovió negocios, era europeísta. Contrariamente, el materno, Ballesteros, era católico "a machamartillo", rezaba el rosario, nunca salió de España y contagió sectarismo a sus escritos, incluso a una obra que debiera

haber sido imparcial como su *Diccionario biográfico matritense* (1912). Un tío, también materno, “tragahostias” (como lo llama mi padre en su proyecto de Memorias *Tan pronto ayer*¹), desfilaba con un cirio en la procesión de Corpus.

Su padre, mi abuelo, era cronológicamente de la generación del 98. Sintió el deslumbramiento del progreso; tenía el *hobby* de la fotografía; también tocaba el piano de oído y copiaba pinturas clásicas. Eludía lo pintoresco y lo típico; cuando con la familia viajaban en el verano, lo hacían al revés: iban a las ciudades, no al campo; no a ver los cigarrales de Toledo, sino las fábricas de Éibar, por ejemplo.

Fue un iconoclasta:

[...] Las obras de Cervantes al vulgo, a la masa del pueblo, y por desgracia a la que no lo es, casi en su totalidad, puede decirse nos son absolutamente desconocidas. Y en cuanto al Quijote, quizá parezca a muchos un sacrilegio lo que voy a decir, pero si es verdad y a todos nos consta, ¿por qué no hemos de decirlo? Seamos francos. Aquello que a veces, con sigilo y como un secreto lo hemos oído repetidamente, tengamos el valor de decirlo en público.

El Quijote –dicen las gentes– es una “lata” insoportable. Yo –dice uno– confieso que no he tenido el valor para leerlo; yo –agrega otro, como el que se quita un peso de encima–, he intentado leerlo, distintas veces, pero no he podido, me ha faltado paciencia, solo algún capítulo he leído; otros con el mayor secreto os confiesan que lo desconocen en absoluto.

Y si interrogáis en confianza y prometiendo el secreto a todos los españoles, yo creo que incluso algunos académicos os harían, salvo contadas excepciones, las mismas o parecidas declaraciones.

Que nadie se entere, pero en confianza también por mi parte os diré, que la lectura del Quijote la hube de empezar repetidas veces, pero... a las pocas páginas o capítulos, el libro se me iba irremisiblemente de las manos, mas no creáis que al fin no lo leí, hará bien pocos años y ello fue debido, a que habiéndolo leído “íntegro” entonces mi hijo de corta edad, me revestí de energía, y lo leí no queriendo que pudiese nunca avergonzarme...

¹ Mi padre siempre tuvo la idea de redactar sus memorias. Como prueba, vaya el pormenorizado sumario que encontré en su archivo después de su muerte: “I. Reconstrucción de Madrid. II. Los ascendientes. Las dos líneas adversas: la liberal y la reaccionaria. *El Universo* y *La Semana Católica*. III. La calle Fuencarral. “Libuli, libuli”. Costanilla de San Justo. Plaza del Cordón. IV. El colegio. El Instituto. La Plaza de Oriente. Libros de quiosco en vez de fútbol. V. “Grotesco” de la Universidad. VI. Fascinación literaria. Lecturas, deslumbramiento. Primeros contactos literarios. Una vez más la Plaza de Oriente (casa de Huidobro), Café Colonial. Cafés literarios de Madrid. Primeras amistades (Bacarisse). Revistas de provincias: *Paraninfo*, *Atenea*. VII. Preultraísmo. *Los Quijotes*. *Grecia* (Cansinos). *Ultra*. *Tableros*. El manifiesto. Mitificación del ultraísmo. VIII. Fascinación de Dadá. París en 1921. Delaunay y los polacos, Soupault, Tzara, Aragon, Breton. París, Montparnasse en 1925. IX. El circo de Pombo (más que última barricada). X. Mi *Literaturas*. *La Gaceta Literaria*. *Revista de Occidente*. *Cruz y Raya*. Los años de la Dictadura. Final de la carrera en Granada. Federico, Dalí, Buñuel. XI. Semihostilidad de los del 27. Inflación de un grupo. Lo que es y lo que no es una generación. Por qué dejé de escribir poesía. XII. Entrevisión o presentimiento de América: Norah. XIII. Sacudida atlántica. Primera estancia en Buenos Aires. *Martín Fierro*. *Proa*. *La Nación*. *Síntesis*. Historia de *Sur*. XIV. El Madrid de la posrepública. Politicismo absoluto. La literatura en baja. Víspera de catástrofe. La guerra. La desbandada. XV. La Editorial Losada. Experiencias de la cátedra. Más libros. XVI. Viajes a Europa. Estados Unidos. Toda América. Vueltas a Madrid, a la raíz. XVII. Soliloquio de un isleño. Balance de una generación”. Cuántas cosas se pierden con la muerte de un testigo, de un protagonista de primera fila en este caso, porque solo alcanzó a escribir nueve pero sustanciosos fragmentos, fechados en un lapso que va desde 1933 hasta 1967, fragmentos que encontré manuscritos y que transcribí en febrero de 2000 sin alterar una coma. Sin embargo, cómo hubiera querido el autor pasarlos él mismo en limpio, revisarlos y pulirlos hasta darles el acabado perfecto.

Pues bien, y perdonad los cervantistas que verdaderamente seáis tales por íntima convicción, no los que cual a la mayoría ocurre os declaréis apasionados por Cervantes y su Quijote, de cuya obra habláis y ponéis por las nubes, sin haberlo leído a lo menos íntegramente, perdonad, repito, ¿qué obra es esta, fabulosa, excepcional de mérito, modelo de galanura y expresión en nuestra lengua, que no ha logrado con el tiempo ya transcurrido, imponerse, hacerse conocer del pueblo? Porque aunque pretendáis desfigurarle, esta es la pura verdad. [...]. (Guillermo de Torre y Molina: “Algunas herejías sobre el *Quijote*”, *La Crónica de Aragón*, 1916).

Me contaron que mi abuelo español era renego; yo no llegué a conocerlo; creo que nos hubiéramos llevado muy bien.

El mejor regalo

Cuando terminó la Gran Guerra mi padre cumplió dieciocho años. Como la reapertura de la frontera coincidió con el cumpleaños, mi abuelo le hizo el mejor regalo de su vida, el que lo marcaría para siempre: un viaje a París. Desde entonces consideraría a París como el centro de su mundo y su segunda patria, adonde volvería decenas de veces.

Derechas e izquierdas (como dicen en la Península) se agitaban y se confrontaban ancestralmente en su sangre, y él eligió, pacífica y civilizadamente, el bando paterno, el de la inteligencia razonadora, el de la aristocracia del espíritu. (Porque “vulgo no es solamente pueblo sin educación, vulgo también hay en la burguesía o en la aristocracia”, dijo en una oportunidad. Y escribió: “el arte no se hace asequible a las masas rebajando su calidad, sino elevando el nivel mental de aquellas”, y: “Abandonar la educación estética y exaltar dogmáticamente el realismo elemental [socialista] y la fotografía en colores al nivel de obras artísticas no es tarea revolucionaria, sino reaccionaria”).

Su recuerdo del culto religioso —sin entender una sola palabra, sin que nadie le hubiera explicado el simbolismo—, de los altares sombríos, de las losas heladas, de las corrientes de aire, lo llevaron al aburrimiento, al frío y al bostezo que sentiría para siempre en las iglesias.

Era pareja su antipatía por la vida militar. Siendo yo conscripto, me dijo que, de haberle tocado a él ser soldado, estaba dispuesto a desertar. Se burlaba de las “gorras de plato” de los militares, y de lo mal que les quedaban. La conjunción clero-milicia, para él, era sinónima de “la más negra reacción”.

Se entiende: en 1924, bajo Primo de Rivera, en Madrid, lo habían detenido en una manifestación de apoyo a Unamuno, deportado a Fuerteventura.

Revistas y cartas

Como en todo intelectual que se precie de serlo, sus primeros recuerdos eran el estar echado en el suelo, pasando las páginas de una revista o de un libro ilustrado.

Pero en su caso, el estar pasando las páginas de una revista era premonitorio, porque, como escribió años después: “En el principio fue la Revista”. Desde muy joven fue un apasionado, hasta maniático, coleccionista de revistas. “Revistero” de vocación, se autodenominaría. Pasión que yo nunca compartí porque jamás leí revistas literarias —nunca leí *Sur*, jamás tuve en mi mano el famoso “número de desagravio” de 1942, y tampoco quise ni siquiera hojear la ahora mítica *Martín Fierro*—, aunque sí leí algunas de las consideradas de opinión, y, gracias a Dios, devoré en su momento muchas historietas.

(En carta a Corpus Barga [20.2.1964], mi padre apuntaba: “... al parecer mi hijo desde chico ha padecido saturación literaria entre las dos casas —la de su abuela, madre de Borges, y esta...”. Es cierto, yo no podía ni siquiera pronunciar la palabra literatura, y los literatos me producían gran rechazo. Tanto fue así que me anoté en la carrera de Filosofía, que apenas me interesaba, en vez de cursar Literatura...).

Sigo con el papel impreso, después de la digresión. Citando a mi favor a mi padre, tuve y tengo “la superstición exclusivista del haz de páginas encuadernadas, la tendencia a considerar ese bloque compacto que forma el libro, como único testimonio”, escribió también. Mallarmé me sostiene: *Le monde est fait pour aboutir à un beau livre*. También rechazó los libros colectivos, los escritos por varios autores; los veo como a esos números de revista “especiales” dedicados a un solo tema, tratados desde diferentes puntos de vista.

Precozmente también, fue un fabuloso epistológrafo —“epistolómano” lo llamaba García Lorca—; el padre le decía que acabaría arruinándolo con los gastos de franqueo. Escribió miles de cartas; su especialización lo llevó a ironizar sobre los que escribían con una pauta debajo del papel liso para que los renglones salieran derechos y sobre las “cartas de portería”, como él las denominaba: “... interrumpo acá estas líneas porque me llaman para comer, después te sigo contando...”; “... otro

día os contaré muchas cosas; ahora tengo mucho que hacer, hasta que me instale...". (Paralelismo. Mi tío se fastidiaba con las personas que, hablando por teléfono, hablaban del teléfono: "estuve llamando, pero me daba siempre ocupado"; "ayer llamé, llamé y llamé, y no contestaba nadie"; "me atendían y me decían 'equivocado'"). Las cartas de mi padre estaban maravillosamente escritas, eran perfectamente profesionales, ceñidas a asuntos muy concretos, y raramente informaban sobre circunstancias personales o familiares, que tampoco solicitaban del destinatario. (Mi madre le reprochó alguna vez —con escaso éxito— que no mencionara en las cartas ni a sus hijos ni a ella...).

Durante décadas sentí un fuerte rechazo por las cartas de cualquier tipo —a lo sumo podía justificar las amorosas y las estrictamente comerciales—; ahora —2018—, a la vuelta de los años, cuando se vuelven cada vez más raras, me sigue gustando escribirlas (¡a mí, que, bloqueado, era incapaz de redactar una frase simple!), y que me contesten. Hasta mando cartas a un diario, y me las publican. Incluso heredé de mi padre su costumbre de poner debajo de la fecha de la carta del remitente las iniciales *R* (de recibida) y *C* (de contestada), con las fechas correspondientes. Y persisto en los sobres estampillados.

Pero las conservo solo el tiempo necesario; de ninguna manera llevo un archivo epistolar.

(A fines de los cuarenta era tal la cantidad de estampillas que llegaban con los sobres que mi padre me las iba pasando para que iniciara una colección. Llegué a completar unos cuantos álbumes, aunque el *hobby* no me duró mucho tiempo).

Madrid. Hélices. Literaturas europeas de vanguardia

De su vida, una vida intelectual, vertida preferentemente sobre los libros más que sobre la vida misma, imagino ahora las circunstancias del gran acontecimiento de su juventud: la impresión del esdrújulo *Hélices*, el libro inicial. Desde aquí en Buenos Aires, imagino a mi padre yendo y viniendo de su casa en el Paseo de San Vicente a la imprenta de Galo Sáez, en Mesón de Paños, en pleno invierno madrileño del veintitrés, con las cuartillas bajo el brazo corrigiendo él mismo las pruebas, vigilando la impresión, disfrutando del olor de la tinta (siempre me hablaba de la especial fragancia de la tinta de imprenta; qué gran verdad) y, como dice el autobiográfico colofón, puede percibirse incluso hoy "su adolescencia inquieta y su espíritu solicitado por múltiples experimentos y avideces innovadoras..."

Qué linda edición. Desde la cubierta de Barradas todavía moderna (¿dónde estará el original?, ¡cómo me gustaría tenerlo!) y la llamativa diagramación de los versos, hasta las tres *xylografías* de su musa epistolar, la porteña Norah Borges —la última muestra al autor, Torre y Ballesteros, disparando una ballesta desde lo alto de una torre—.

Una digresión tipográfica: la imprenta de Galo Sáez fue la primera que mi padre conoció por dentro; esto ocurrió en la época de su “Manifiesto ultraísta” *Vertical*, incluido como suplemento en el número 50 y último de la revista *Grecia* en noviembre de 1920. También se imprimió allí otra publicación, *Cervantes*, y más adelante, la *Revista de Occidente*, con los tipos Greco.

Ya el título rotundo: *Literaturas europeas de vanguardia*, anunciaba al *best seller* —módico por la tirada, unos mil ejemplares, pero *best seller* al fin—. Sin embargo, no le fue fácil al autor encontrar editor, hasta a dar con uno “a medias”, Rafael Caro Raggio, cuñado de Pío Baroja. El libro duró muy poco en las librerías. Se lo leyó más de lo imaginable, se convirtió en una pieza rara, en algo mítico, incluso fue pronto “saqueado”, y el hallazgo de un solo ejemplar fue motivo de minuciosas búsquedas en librerías de viejo. (Entonces no se leían fotocopias, a Dios gracias). Recibió muchas cartas laudatorias: recuerdo una del cubano Osvaldo Dorticós. La llamativa portada tricolor de Francisco Bores, con la tipografía Tea-Chest que le da la fuerza de un cartel, ¿habrá quizás influido en la venta?

De entrada asombra especialmente la precocidad del autor, pero recordemos que el manifiesto *Vertical* y los poemas de *Hélices* los había escrito antes de los veinte años —casi con pantalones cortos—. Y *Literaturas...* fue sentido, vivido, construido lentamente, a partir de 1919, en que empezaron a publicarse en revistas algunos de sus capítulos. Aunque “¡difícil, arriesgada, onerosa precocidad!”, habría de reconocer mi padre en 1969.

Entre paréntesis, yo particularmente prefiero esta primera versión a la monumental *Historia de las literaturas de vanguardia* de 1963, que tiene casi mil páginas. Acepto la maciza superioridad erudita de esta, y que sea más eficaz para los estudiosos, pero a su estilo doctoral, neutro, de artículo de enciclopedia, sigo prefiriendo la prosa de entonces: aquellas construcciones casi subversivas, escandalosamente traviesas, estridentes y simpáticas: “Bajo el resplandor meridiano de los potentes reflectores enfocados por los lucíferos críticos, comienza a desfilar la caravana de las ideas estéticas inmaculadas o resurrectas [...]. Nuestra mirada perfora las fronteras y enlaza plurales horizontes [...]. Hora es ya de que un joven afronte valiente y entusiásticamente la literatura de hoy [...]. ¡Celebremos

jubilosamente esta floración luminosa del espíritu criticista! [...]. Yo quisiera, en suma, que la lectura de estas páginas cinemáticas resultase, para el lector joven o de alma ávida y aventurera, tan vivaz e incitante como la de una novela de aventuras... espirituales”, etcétera.

El ejemplar de mi biblioteca lleva esta dedicatoria: “A mi Norah queridísima, el primer ejemplar de este libro tan esperado, cuyas páginas —a pesar de que tu nombre solo aparezca en dos de ellas— concebí iluminado y esperanzado por ti. Con todo el amor de tu Guillermo. Madrid 16 mayo 1925”. El mismo ejemplar tiene correcciones manuscritas de mi padre, en los márgenes hay algunos dibujos de mi madre en lápiz, el texto está subrayado por ella, y en la guarda escribió: “Releído en 1980”, “Releído en 1985”.

Sigamos en familia, ahora con un fragmento de la opinión —con algo de sorna— de mi tío Borges sobre *Literaturas...*: “Y es un muchacho como nosotros su autor: un muchacho claro y alegre que en mi recuerdo siempre está rodeado del aire azul de la mañana de Castilla y que además de tropos y versos y otros *lenocinia verborum*, sabe de asuntos que yo no alcanzaré jamás: de la elección de una corbata, del tenis...” Qué cosa la herencia: a mí también me gustan las corbatas y juego al tenis.

Buenos Aires

Anoté que podía imaginarlo en la década de los veinte en Madrid; ahora puedo verlo, recordarlo vívidamente a partir de los años cuarenta, en Buenos Aires, en nuestro departamento de la calle Juncal primero, y después en el de Suipacha. Lo veo yendo por las mañanas a la actualmente histórica editorial que había contribuido a formar, volviendo a casa a almorzar, ¡durmiendo la siesta criolla!, ocupándose después de la monstruosa correspondencia, escribiendo sus conferencias, artículos, ensayos, cursos universitarios y su propia obra (siempre sobre lo más nuevo, aunque sin dejar de interesarse sobre el pasado, como cuando estudiaba los orígenes de algunas obras, porque opinaba que así como cada generación descubre sus clásicos, así también cada crítico puede redescubrir algunas zonas de una época o un autor pretérito), saliendo al caer la tarde a recorrer librerías (Verbum, Tomás Pardo, Galatea) y salas de exposición (Van Riel, Bonino, Wildenstein, Amigos del Arte) por el eje de la calle Florida y, finalmente, antes de acostarse, leyendo revistas durante horas, y libros que entresacaba de una gran pila, enviados por editores y escritores, algunos de ellos primerizos.

El destino de los libros de poesía y de cuentos descartados era cruel: una vez arrancadas las dedicatorias, iban a parar a una pila en el vestíbulo, donde esperaban al librero de viejo, que se los llevaría por unos pocos pesos. A propósito, recuerdo a mi tío en Montevideo, que, a punto de regresar a Buenos Aires con unos libros de versos obsequiados por sus autores, le pidió consejo a Emilio Oribe: *la noche, el río*, fue el dictamen.

Viendo a mi padre leer, y escribir, aprendí, mediante el ejemplo, que la luz debe venir siempre de atrás y por la izquierda.

El rebusque

Entrando en las librerías de Buenos Aires, recordaba cuando, ávido de leer, buscaba en los “baratillos” madrileños, y cuando, en vísperas de unas vacaciones, se dio su primera gran fiesta de bibliófilo comprando en una calle, que va de la Gran Vía a Carmen, una veintena de libros seminuevos *contemporáneos*. Entre ellos, Nietzsche, con gran asombro de mi abuelo, ya que solo tenía quince años.

En la casa de su abuelo materno, solo había algunos libros escolares en la biblioteca, donde él buscaba inútilmente qué leer. Junto a los veintinueve volúmenes de la *Historia* de Lafuente, se hallaban algunos tomitos de la Biblioteca Universal de Hernando –de los que apenas ninguno lograba interesarle– y libros devotos, menos tentadores aún. En el desván de la otra casa, la de la abuela paterna, podía disponer de algunos folletines de los muy leídos en el siglo XIX, con autores como Torcuato Tárrago y Mateos, y Ramón Ortega y Frías, y títulos como *La monja emparedada*, *María o la hija de un jornalero*, *El diablo en Palacio*, entre otros. También había algunos folletines de diarios, de menor alcurnia todavía, encuadernados. Pero nada de calidad, ni clásico ni *contemporáneo*. ¿Qué quedaba entonces? Buscar en los baratillos, donde encontrar un Rubén Darío, un Valle-Inclán, en primeras ediciones, por muy pocos “céntimos”, eran los mejores hallazgos.

Esta afición por el rebusque la heredé de él. Cuando yo tenía trece o catorce años, recorría el sábado por la tarde todas las librerías que había en Corrientes, entre Talcahuano y Callao, yendo primero por una vereda, volviendo después por la otra.

Pero veamos la prehistoria de esta afición: a mis diez años mi padre me llevó a la librería anticuaria Don Quijote, en la esquina de Arenales y Libertad, donde el dueño me regaló un minúsculo *Quijote* ilustrado, de seis por cuatro centímetros (Editorial Mayfe, Madrid, 1947). Así empezó mi

bibliofilia y mi coleccionismo, a escala modesta. Más adelante me trajo dos volúmenes de *Las obras maestras de la literatura. Antología universal*, de Guillermo de Boladeres (Editorial Seguí, Barcelona). Estaba abundantemente ilustrada, en especial, por Doré, que me atrapó para siempre.

Espectáculos

Como cualquier hombre culto nacido con el siglo, había visto todo el cine que había que ver (*un arte que tiene nuestra edad*, decía), privilegiando las películas francesas y, entre los cómicos clásicos, a Chaplin y a Laurel y Hardy. Pero prefería el teatro porque le parecía una forma de expresión más evolucionada, menos masificada, más intelectual. Consecuentemente con esto, y para intentar cultivarme, me llevó una vez a ver *Madre Coraje*. Se sabe que el teatro es convención pura, y que, por eso, se permite todas las libertades, pero en esa oportunidad, yo no percibí ninguna convención, sino más bien un exceso de realismo: los alaridos de la cantinera de la Guerra de los Treinta Años y el olor de las botas de cuero de los campesinos (ya que estábamos sentados en las primeras filas). Resumiendo, la pieza de Brecht no me gustó para nada, y pocas veces volví a insistir con el teatro.

Los cuñados: simpatías y diferencias

Se ha hablado y se ha escrito sobre las simpatías y las diferencias entre mi padre y mi tío, sobre que no se veían ni se oían, etcétera.

Ocurre que tenían formaciones muy distintas. Mi padre era un hombre metódico, llevaba ficheros, contestaba todas las cartas, se mantenía informado sobre lo que pasaba en el mundo y seguía ávidamente los acontecimientos; además, manejaba una erudición libresca muy precisa de escuelas, movimientos, fechas. Mi tío, para él, era un personaje extravagante, y sus amistades, absurdas; y consideraba sin ningún valor a sus opiniones, solo como meras *boutades*. (Aclaremos que en los años cuarenta, y hasta mediados de los cincuenta, Tío –así lo llamaba yo– hablaba entre dientes, muy rápidamente, con el pañuelo hecho un bollo delante de la boca, y había que tener un oído porteño muy fino para seguirle el hilo).

Mi padre jamás habló mal de él.² Mi tío, en cambio, me cuentan que despotricaba contra el cuñado (¿contra quién no?), aunque nunca delante de mi madre o de mí. (No sé si vale la pena leer el chismoso, brillante, vituperable, atrapante, vulgar *Borges*, de Bioy Casares —donde Tío se despacha contra su cuñado—, aunque sí se lo puede hojear con precaución. Resumiendo: el mamotreto excita natural curiosidad, pero también aversión). Conjeturo que a él no le gustaba el estilo literario de mi padre, ¿el “godo” Torre?, ni el asunto de los libros, ni siquiera sus títulos; tampoco su españolismo sin concesiones. Pero habría que buscar una razón más profunda por el rechazo: de igual modo que mi abuela nunca hubiera encontrado digna de su hijo a ninguna mujer (era capaz de todo con tal de que él se alejara de alguna que no le convenía, al punto que la frase de Perón “al enemigo ni justicia” podría haber sido de su invención), Tío difícilmente habría encontrado el marido ideal para su única hermana, su estrecha camarada de las campañas poéticas.

(Además, imagino, mi madre habría incurrido en la falta de tener hijos, y para él una mujer embarazada era un espécimen perteneciente al reino de la zoología fantástica. Con otras palabras: que una persona estuviera adentro de otra le parecía tan asqueante, perturbador y chocante como el misterio de la Trinidad. Léase “El testigo”, de H. Bustos Domecq).

A mi padre tampoco le atraían los chicos; mi único recuerdo de él con un bebe cerca es con mi hija Mariana, nacida en 1969. Lo re veo agitando una campanilla próxima a su oído y sonriendo complacido al verificar que ella oía, sí, el sonido. Se lo veía muy entusiasmado con el primer nieto, “una niña”, como él esperaba que fuera, “porque los hombres no servían para nada”, así le dijo a mi mujer; lamentablemente, poco pudo disfrutarla, porque murió en enero del 71.

Pero en ellos la falta de esa clase de afectos era quizás involuntaria, por desconocimiento de la vida cotidiana en otras casas. Y *nuestro breve universo era cerrado*; en la familia, cuando yo era chico, las únicas líneas de sucesión posibles estaban bloqueadas: la hermana de mi padre no se había casado, y mi tío afortunadamente no había tenido hijos, porque con su total carencia de sentido práctico no habría sabido cómo actuar con ellos. Respecto de sus amigos, los demás intelectuales,

² Pero una vez escribió lo que sigue: “Esa general vague du retour que envuelve a la mayoría de mis compañeros, demasiado tímidos, indecisos, pesados por el lastre tradicional – que no han acertado a arrojar y poco valerosos para perforar la mina de las posibilidades irrealistas que los nuevos “ismos” nos revelan; esa ola estaba a punto de atropellarme a mí también. Por otra parte, el ejemplo de mis dos más caros cofrades: Eugenio Montes [...]; y el ejemplo de Jorge Luis Borges, sumido en un reaccionarismo hediondo, obsesionado por un clasicismo y un casticismo imposibles, y por un afán de dar a su estilo un ritmo, una sintaxis clásica, muy siglo XVII, llena de trasnochados barroquismos verbales copiados de Quevedo y Torres Villarroel; nacionalista, castellanísimo, xenófobo, desdeñoso de todo lo que signifique auras exóticas, estilo moderno y sensibilidad contemporánea; [...]. En los momentos de exaltación me inspira una verdadera repugnancia esa “actitud pasadista” de Borges. Aunque otra cosa haya simulado, me desagrada su afán de inyectar al estilo una prestancia clásica, de recargarlo de arcaísmos y de giros pretéritos. ¡Y qué pueril el empeño de perseguir el galicismo como si fuese un insecto dañino, la filoxera de la prosa! [...]. No comprendo cómo un hombre sudamericano, aunque de remoto abolengo español, sienta ese fervor por buscar las huellas de la tradición. [...]. No me siento contagiado por el gusto anticuario de J. L. B. a buscar las ediciones clásicas, los libros antañones y apergamentados [...]”. (“Memoranda estética”, 24.7.1924).

es cosa sabida que por lo común no se aparean; de aparearse, generalmente no se reproducen; de reproducirse, nace generalmente un solo individuo.

Sigamos con las simpatías y diferencias. Aunque en los años en los que yo los veía alternar ambos escritores ya habían perdido interés en lo que uno y otro hacían, existía, a pesar de esto, un trato caballeresco. Mi padre, oficiosamente, hizo algunas veces de enlace entre Tío y editores extranjeros (estos, como por lo general mi tío no se ocupaba de hacer contestar las cartas, le escribían directamente a su cuñado...). De esta manera, por ejemplo, durante un rato conversaban de proyectos literarios.

No obstante, en las exclusiones, resultaban hermanados; jamás hablaron de enfermedades o remedios, de parentescos, casamientos, divorcios, muertes, cumpleaños, nacimientos, bautismos o aniversarios (bodas de..., día de la primavera, día de la madre, considerado este una innombrable cursilería), de fútbol o de ningún otro deporte (qué curioso: a mí mi padre me habló de *catch* –¿lo habría visto en Europa?–, y de que me llevaría al Luna Park; pero nunca lo hizo), de modelos de autos, de veraneos, de fines de semana, de asados o de cualquier actividad al aire libre, de noticias policiales o de politiquería, de los llamados juegos de sociedad, de ropa, de comidas o bebidas, del precio de las cosas, de la vida de los actores o de las familias de la realeza, de la vida privada de ellos mismos y de la de los demás... Tampoco del tiempo...

Después de un viaje, solo se interrogaban sobre las novedades estrictamente intelectuales, qué personas habían visto, con quiénes se habían encontrado. Las burguesas y convencionales preguntas: ¿cómo fue el viaje?, ¿se divirtieron?, ¿hizo frío, hizo calor?, ¿había mucha o poca gente?, ¿qué compraron?, ¿estaba caro o barato?... nunca las formularon.

Como conclusión: casi todo lo humano, prácticamente, les era ajeno a los cuñados.

(Lo que es la herencia. Yo tampoco sé nada de fútbol; hace muchos años, mi queridísimo y difunto amigo Oscar Chiesino me reveló que Independiente y Racing son dos equipos de Avellaneda; y lo ignoro todo sobre autos, aunque manejaba. Siempre imagino que algún día voy a ser testigo de un hecho donde el protagonista sea un auto, y que, interrogado sobre marcas y modelos, no voy a saber qué contestar, y nadie creará en la sinceridad de mi ignorancia).

La literatura, materia exclusiva que los unía, les traía también otras coincidencias: se fastidiaban cuando les preguntaban por “algo para leer” –como ellos sabían muy bien qué leer, atendían con gusto pedidos concretos (tal título, tal edición, tal traducción, etcétera)–, y despachaban sin más al lector despistado; también subestimaban a quienes resolvían palabras cruzadas, a los

programas de preguntas y respuestas, a los que leían libros condensados, novelas históricas o de historia novelada.

No les gustaban las colecciones de aforismos y desconfiaban de los libros de versos, especialmente de los primerizos y de los femeninos. Nunca comentaron siquiera el título de algún *best seller* o de un libro de autoayuda, y el subgénero comercial-literario denominado “libros para las vacaciones” los escandalizaba. Criticaban a los que agradecían el envío de un libro, es decir, que acusaban recibo a vuelta de correo, sin haberlo leído. Abominaban de la cursilería de aquellos que, queriendo mostrar una familiaridad que no existe, llaman por el nombre a literatos que no conocen: Federico, RAMÓN, Juan Ramón, Oliverio, Macedonio, Xul, Gabriela, Alfonsina..., y últimamente por el mero sobrenombre: *Gabo*. Mi tío, cuando le mencionaban a “Federico”, preguntaba si se referían a Federico Barbarroja o a Federico el Grande.

Algún día voy a preparar la lista de los *don'ts*, es decir, de los libros que nunca habrían tenido cabida en sus estanterías. No puedo olvidarme en esta parte de Héctor Yánover, el librero de Norte, que una vez exhibió en la vidriera el cartel NO VENDEMOS LIBROS DE PAULO COELHO...

Resulta difícil imaginar a dos hombres de letras más diferentes, y a la vez más cercanos, dado que, por todo lo expuesto, veo ahora que entre ellos había más afinidades que discrepancias de fondo. “Todos sabemos que una fiesta, un palacio, una gran empresa, un almuerzo de escritores o periodistas, un ambiente cordial de franca y espontánea camaradería, son esencialmente horrorosos”, esto lo escribió Tío; mi padre, con toda probabilidad, lo habría suscrito, aunque a veces, por conveniencia, incurrieran en esos “horrores”. Pero “leer y sus complementarios: escribir, coleccionar libros” (como mi padre opinó sobre Menéndez y Pelayo) fue la razón de la existencia de ambos.

Agrego un dato para los afectos a las generalizaciones astrales: mi padre y mi tío eran del mismo signo.

Intervalo risueño

Aunque de sonrisa difícil, a mi padre no le faltaba el buen humor. Mi tío siempre contaba que una vez (¿1930?), invitados ambos a la casa de Arturo Capdevila, escritor argentino a veces exageradamente castizo, se preguntaron qué comerían esa noche, y que mi padre había dicho: “Veamos qué día cae

la comida: Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches; duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino por añadidura los domingos...”.

En la calle Libertad, llegando a Bartolomé Mitre, existía un negocio de chascos y trucos llamado El Bazar Yankee. Créase o no, algunas veces mi padre compraba estos objetos y los llevaba a casa...

Una escritora chilena muy simpática me contó que había estado documentándose sobre el surrealismo. Lo comentó con mi padre y él le preguntó si había consultado los cuatro o cinco libros fundamentales sobre el superrealismo (como tozudamente decía él). Ella le dijo que no los tenía, que no los había leído o que no los conocía; entonces mi padre, que manejaba el *mot juste* como nadie, la fulminó: “Qué caray, la veo a usted algo *desguarnecida*”.

Mi padre, minimalista: “Ningún ornamento superfluo. Las cosas necesarias. Nada de esa pacotilla “Renacimiento español”, que ahora se lleva. [...]. Yo no me encontraría a gusto en un interior que no fuera el de mi tiempo”. (Entrevista de Francisco Ayala. *La Gaceta Literaria* 16, Madrid, 15.8.1927).

En 1929, había escrito a Benjamín Jarnés: “No hay vetos [en *La Nación*], excepto para cuando se trate de algún enemigo especial de la “dinastía” Mitre o de la Argentina. Las únicas limitaciones —y en esto, sí, la censura es implacable— son las del dogma católico y la moral. Cosa que no es privativa de *La Nación*, sino de todos los periódicos del país. Hay un puritanismo tradicional muy arraigado; todos los cuentos amorosos tienen que ser blancos... Con decir que no hay escritores, no ya pornográficos, sino galantes. A esta causa, entre mil, achacamos los europeos el aburrimiento imponderable de las tres cuartas partes de la sociedad argentina”.

Rasgo intimista, apunte de 1933. “¿Y tendré que renunciar a todo esto? Yo, que no quisiera renunciar a nada en la vida —en la vida emocional, sobre todo, que más por curiosidad espiritual que por epicureísmo gustaría de lanzarme a cualquier perspectiva de aventura o de placer”. (Yo también soy curioso).

Sobre sus camaradas de la aventura ultraísta escribió en 1943: *Sensación de que* la cosa fracasó porque casi todos eran unos “atorrantes”. “Sin medios, sin carreras, sin posibilidad de formarse una cultura, de hacerse una posición y luego mediante ella arraigar, imponer su literatura. Con excepción de Gerardo Diego, Montes y yo, hijos de burgueses acomodados, con una carrera, con ciertas perspectivas en el futuro, los demás eran gentes de poca cultura, unos pobres muchachos, desvalidos, obligados a ganarse la vida duramente —o lo que es peor a perderla, a perderse, no

haciendo nada—. El uno, borrachín, estudiantón, hijo de un recaudador de contribuciones; el otro, vagamente chamarilero; otro, empleado de Correos; otro, “letrista” (hacedor de carteles). En suma, socialmente –lo que tiene importancia en una sociedad capitalista– aquel grupo era un desastre...”

José Blanco Amor, en *Exiliados de memoria* (Buenos Aires, Tres Tiempos, 1986), registra esta situación: “No bien aparecía usted en su despacho, Guillermo de Torre conectaba su auricular y usted se ponía contento porque pensaba que lo iba a escuchar. No era así. Torre empezaba a hablar de las dificultades de la publicación de nuevos libros y de una serie de temas que convergían todos, por arte de su imaginación, en el rechazo del pedido que usted todavía no le había hecho. Había que ir a verlo con las manos vacías, saludarlo, informarse un instante acerca de lo que él quería que se informase, y despedirse amistosamente. Era su trabajo, y lo cumplía correctamente. El audífono le permitía oír o no oír, según le importase, y no enterarse de lo que usted le decía. Pero era un placer escucharlo: de literatura nadie sabía tanto como él”.

“Ni siquiera este libro [Le secret professionnel, de Jean Cocteau] consigue irritarnos a diferencia de otros del mismo género que exaltan el panlirismo [...], vertiendo ditirambos sobre la misión del poeta, idénticas demasías sobre el misterio, el milagro, la revelación del arte (que en su versión última, heideggeriana, algunos escriben, con pedantería conmovedora, “des-ocultación”) [...]”; así opinaba sobre las jergas.

A los seguidores argentinos del movimiento de arte concreto los apodaba *concretinos*...; y su insularidad, su odio al rebaño se volcaba a los contingentes de viajeros que van de un lado al otro visitando unos pocos días cada ciudad, a los cuales llamaba “ocas turísticas”.

Culmino este florilegio con una palabra que siempre empleaba: *presupuestívoros*, que comprendía a los que vivían a costa del Estado, a los burócratas, a los políticos que se eternizaban en sus cargos...

Extrañamiento

Preguntado una vez si le gustaba viajar y cómo, contestó: “Por Europa, en tren; mejor aún, en autobús y hasta en carro; por América, en avión”. También dijo: “Si tuviera dinero, lo gastaría de veras, lo

gastaría en lo que no produce: compraría al por mayor libros y cuadros, viajaría durante seis meses al año”, a lo cual, yo, su hijo, me adhiero absolutamente en todo.

El viajar continuamente, y con larga residencia en los lugares, fue su ambición, su segunda naturaleza; luego, subestimaba a las personas que, considerando un viaje como algo extraordinario, iban a despedir o a recibir a los viajeros. Como Port, el protagonista de *El cielo protector*, no se consideraba un turista; él era un viajero. José Edmundo Clemente lo llamaba “el *boy scout* de la literatura”, con las valijas siempre listas para partir.

Todo esto se explica porque nunca se consoló de estar tan lejos de su querida Europa, porque en la Argentina había perdido el equilibrio, estaba fuera de su “meridiano madrileño”, desaclimatado, desambientado. Recordemos que salió de España por segunda vez en 1936 y solo volvió por unos meses dieciséis años después (reencontrándose con sus padres y con su hermana María Luisa), y que este doloroso destierro le produjo un desasosiego, un enajenamiento y una pérdida parcial de él mismo que siempre perduró, a pesar de su fructuosa carrera en Buenos Aires.

“Pues mi situación aquí —a pesar de ser cómoda— no pienso que se haga permanente. En mi caso particular, Buenos Aires es bastante tolerable. Pero a la larga, sospecho que esto debe fatigar. Y, por otra parte, uno se contagia inevitablemente de la obsesión que les sacude a todos los argentinos de calidad, esto es, la ambición del desplazamiento, el afán de huir a Europa”. (Carta a Ortega y Gasset, 2.4.1928).

Yo, que me siento tan porteño, en demasía quizás, lo entiendo perfectamente: le faltó esa holgura, esa confianza de movimientos que uno goza —o supone gozar— en su propio medio y que en general le permite expresarse con espontaneidad, con fluidez, con plena independencia.

Una vez me confió que él en su patria quizás hubiera llegado a ser (por sus méritos, por sus vinculaciones), por lo menos, ministro. Pero lo que más le hubiera gustado ser —intuyo—, para lo cual, consciente o inconscientemente, había estado preparándose como diplomático desde muy joven, habría sido embajador en Francia. Sin ninguna duda se hubiera desempeñado sumamente bien.

Pero la guerra civil-internacional de España, y Franco, le cambiaron el destino, y también el mío, porque con toda probabilidad yo habría nacido en Madrid, habría sabido de la Argentina solo a través de los recuerdos de mi madre y quizás nunca habría conocido a la abuela materna y a mi tío..., y es posible que este apunte estuviera redactado en la lengua de las traducciones españolas, que

presentan esos giros y modismos tan perturbadores durante la lectura para nosotros los rioplatenses... Estoy exagerando, claro.

Invocación

Ahora, cuando yo me atranco en una idea o una frase, cuando no voy para atrás ni para adelante, en vez de pedir a *los santos del cielo / que ayuden mi pensamiento: / ... me refresquen la memoria / y aclaren mi entendimiento*, imploro a un español, al caballero madrileño Guillermo de Torre y Ballesteros para que, con su formidable Parker Duofold anaranjada en ristre, me resuelva de un plumazo la cuestión. Porque yo no soy un creador de personajes ni aspiro a reinventar el idioma, solo pretendo poner por escrito, en negro sobre blanco, con claridad y cierta amenidad, algo de lo que vi y oí.

Pero no es fácil ser hijo de un intelectual; cuando en el colegio me preguntaban qué era mi padre, yo respondía: *escritor*. “¿Escritor de qué?”, seguían preguntando. “De ensayos”, contestaba yo. ¿Pero qué era eso que no eran novelas ni versos? Al final, para conformar y sin faltar a la verdad, yo decía aquello que también era: *abogado*, para calmar las aguas.

Me acuerdo de mi padre todos los días..., puntualmente cuando termino de afeitarme, porque al fin y al cabo qué es el padre sino el primer hombre que vemos afeitarse, y él, al terminar, se pasaba una piedra de alumbre por la cara, hábito suyo que quedó grabado en mi memoria y que heredé. Además, una de las pocas cosas que me regaló mi padre fue una maquinita de afeitar con sus *gillettes*. Me la dio cuando yo estaba entrando en la adolescencia, supongo que con la esperanza vana de apurar mi ingreso en una edad madura, más interesante —intelectualmente— para él.

Intimidad

No era costumbre que las viudas enterraran al marido. Sin embargo, mamá, original siempre, fue a la Recoleta aquella mañana de enero del 71, y susurró, mientras bajaban el ataúd de papá: “¡Tantos años!”.

Más de cinco décadas habrían de pasar juntos —contando los años del largo noviazgo—. Pero no compartían los mismos amigos, tampoco a veces el mismo gusto literario; aunque sí la misma admiración juvenil por el arte moderno. A pesar de las diferencias, se mantuvieron siempre muy

unidos. Y la fe cristiana de mamá era tal que en 1980 pintó dos óleos: *Encuentro en el Paraíso* y *Los enamorados*, premonitorios de la reunión final de las dos almas bienaventuradas.

Hay dos testimonios de contemporáneos que me interesa reproducir. Uno, de Joaquín Torres García [*Historia de mi vida*, Montevideo, 1939]: “Y no hay que olvidar a Guillermo de Torre y Norah Borges, la gentil y modernísima pintora argentina, que es su esposa. Aquella casa es un verdadero oasis en Madrid, por su espíritu moderno antiburgués, sin mácula de tradición de anticuario que suele verse en otras”. El otro es de Ramón Gómez de la Serna [*Norah Borges*, Losada, 1945]: “Nunca se reunieron seres más parejos y más destinados el uno al otro, pudiéndose decir que la poesía y la literatura que entonces hacía Guillermo tenía la calidad de la pintura de Norah [...]. Guillermo aparece como único caballero de sus cuadros.”

Todo esto es muy lindo y conmovedor. Pero a los quince años, yo pensaba que los intelectuales debían ser esterilizados. Hoy, casi setenta años después, más sosegado, pienso que deberían abstenerse de tener descendencia. Nadie discute que los intelectuales (escritores, artistas) sean seres importantes, necesarios, indispensables, el alarde de cualquier sociedad, etcétera. Pero insisto, no deberían reproducirse. Al privilegiar la inteligencia sobre los sentimientos, no serían necesariamente felices y harían quizás infelices a los hijos.

[“Writers are the dregs of their work”, había sentenciado William Gaddis; sentencia que yo celebraba. Bernard Shaw es más delicado: “It is a mistake to meet authors, living or dead. All that is tolerable in them is their books”].

En mi caso concreto, aunque mamá quería apasionadamente tener hijos —durante diez años no quedó embarazada—, no estaba preparada para tenerlos, para educarlos después: creía que los chicos eran ángeles que habían descendido a la Tierra. La bondad en ellos estaba descontada; la educación por medio del Arte y la belleza sería suficiente. Y mamá me había idealizado: decía que yo era el más inteligente y el más buen mozo. Pero nunca me dijo que había que esforzarse para conseguir algo.

Y para papá, los críos serían seres que lloraban todo el tiempo, perturbando la escritura y la lectura. [Ver antes: “Los cuñados...”]. Habían pasado los diez primeros años de matrimonio los dos solos, siempre muy juntos, en perfecta armonía intelectual y doméstica. Para qué introducir extraños, para qué correr el riesgo de engendrar otros seres —¿infelices y torturados, quizás otros Erdosain y sus “cortinas de angustia”?—.

Mamá, como su hermano, adolecía de irrealidad; papá era el hombre de letras puro, aunque con sentido práctico. [Sin embargo, en 1950 prepararon y publicaron una *Antología para niños y adolescentes*, de Juan Ramón Jiménez. Yo pensaba que el libro era inútil, que jamás leería un poema de Jiménez; y nunca conocí a un niño o adolescente que los leyera. A años luz de cualquier lirismo, las novelas de Rider Haggard me amparaban].

Sigamos con las relaciones filiales: hasta mis ocho o nueve años mi trato con papá era aparentemente normal, aunque distante. Pero por esa época se produjo un cortocircuito: papá le dijo a mamá que no quería que yo empleara el voseo con él, que lo tuteara. Esto me cayó muy mal, porque yo estaba muy cerca de mis raíces argentinas y lejos de papá y su tradición hispana, extraña entonces para mí. Consecuencia: mi timidez y mi cortedad hicieron que prácticamente nunca volviera a dirigirle la palabra. Seguramente hubo otras causas más hondas; esa fue la que me quedó grabada. [Para peor, papá era sordo, lo que empeoraba la comunicación, pero confieso, avergonzado, que yo nunca me esforcé para hacerme oír]. Parafraseando a Betinoti podría exclamar: “Pobre mi padre querido, qué de disgustos le he dado” o, mejor: “Qué pocas alegrías le di”.

A partir de esa época quedé como congelado, estático; me comunicaba con pocas personas y de modo insuficiente. A pesar de la cisura, papá me abrumaba con preguntas: “¿Qué hay de nuevo?”, “¿Qué estás leyendo?”, “¿Qué se cuenta?”. Yo no respondía: vegetaba en la nada, estaba bloqueado. Una vez en El Prado me preguntó frente a un cuadro célebre: “¿Pero es posible que esto no te diga nada?”. Es de imaginar mi ausencia total de expresión.

Para agravar la cosa, algunas personas preguntaban: “¿Qué hacés, escribís?”. “...”. “¿Entonces, pintás?”. “...”.

Una vuelta de tuerca. Recuerdo la hora de comer. Papá hablaba, esperando alguna intervención mía. Mudo, yo comía, sin levantar la vista; en ese momento hubiera querido ser invisible. Pero sufría imaginando lo mortificado que se sentiría papá —que no era malvado ni violento— al comprobar el fracaso de su pasión por el diálogo. Una vez dijo: “Otra comida sin tratar ningún tema importante”. En ocasiones, me iba antes al bar de la esquina, a tomar, hasta que pasara aquella hora tan incómoda.

[Paul Auster, en *Retrato de un hombre invisible*, expresó con mejor prosa la situación: “Ahora me doy cuenta de que debo de haber sido un mal hijo. O si no exactamente malo, una fuente de confusión y tristeza”].

Hoy, como desagravio postrero, a modo de “reparación histórica”, y para contribuir a mantener vivos su vida y sus escritos, reimprimo sus prólogos, estudios preliminares, epílogos y artículos en obras de autores de Losada. Además, edité antiguas traducciones suyas, de Max Jacob y Verlaine. Incluso, ya en 1987, traduje el *Diccionario del surrealismo*, de André Breton, aunque el asunto no me interesara demasiado. Más aún, llegué a prologar las ediciones facsimilares de *Hélices* (2000) y de *Literaturas europeas de vanguardia* (2001), libros que, en vida del autor, acaso nunca había ni siquiera hojeado. También redacté, y con mucho cariño, estos apuntes...).

* * *

Pienso que me habría gustado preguntar a los hombres de la familia su opinión, ¡conocer su *crítica!*, sobre este escrito —es claro que estoy armando una situación imposible—. ¿Qué habrían opinado? ¿Lo habrían juzgado bueno o malo? Quiero suponer que, a pesar del exceso de efusiones que las páginas contienen, su cortesía y su indulgencia lo habrían aprobado; además, les habría complacido imaginarse algo inimaginable: a mí escribiendo. Aunque, póstumamente, les estoy dando el gusto; y con franqueza confieso que yo sería muy feliz si estos recuerdos no les desagradaran.

Basta de divagaciones: como mi tío con mi bisabuelo, el coronel Francisco Borges Lafinur (*Alto lo dejo en su épico universo / Y casi no tocado por el verso*), así lo dejo yo a mi padre instalado en su concreto universo de polémicas, manifiestos, ismos y vanguardias, revistas literarias, generaciones y escuelas, proyectos editoriales, tipografías, tintas y papeles.

Junio de 2018

